



PEYRONEL RAMBALDI, Susanna; *Una gentildonna irrequieta. Giulia Gonzaga fra reti familiari e relazioni eterodosse*. Roma: Viella Libreria Editrice, 2012. ISBN: 978-88-8334-926-3

Es ésta una imprescindible biografía sobre Giulia Gonzaga, dama perteneciente a una poderosa familia, que emprendió un audaz camino espiritual en una época de cambios destinados a sacudir el mapa religioso de Europa. Su autora, Susana Peyronel Rambaldi, cuida con espléndido esmero cada detalle de esta investigación, que la ha llevado a reconstruir la intensa y apasionante vida de una de las mujeres de más renombre en la corte de la Nápoles de su época. El volumen proporciona al final una completísima bibliografía de fuentes y estudios sobre los temas tratados, además de un utilísimo índice de nombres.

Una de las primeras biografías que Peyronel cita sobre Giulia Gonzaga es la de Giuseppe Betussi, que en la *Addizione* a la traducción del *De claris mulieribus* de Boccaccio, la retrata no solo bella y llena de virtudes, sino también como miembro de su ilustre linaje, activa y resoluta en sus decisiones. Lo que a la autora le parece especialmente interesante es que la historia personal de Giulia Gonzaga enlaza con los acontecimientos políticos y religiosos que tienen lugar en la Península italiana, y que sus ideales la pusieron en contacto con importantes personajes de la época, con los que compartió inquietudes y exigencias de renovación.

La obra de Susana Peyronel se configura como muy digna celebración del V centenario del nacimiento de Giulia Gonzaga que, según el biógrafo Bruto Amante, nació en 1513 en Gazzuolo (Mantua) de Francesca Fieschi y Ludovico, perteneciente a una rama secundaria de la poderosa familia Gonzaga y señor, junto a su hermano Pirro, de las tierras lombardas de Gazzuolo, Sabbioneta, Dosolo y Rodigo. Peyronel destaca el ambiente en el que creció la pequeña, caracterizado por *una cultura abierta e inconformista, curiosa y tolerante*, que quería ponerse a la altura del de las cortes de Ferrara y Mantua, y en el que Giulia aprendió a leer y escribir, y posiblemente música, canto y baile.

Con tan solo trece años la joven Gonzaga se convirtió en mujer del influyente duque Vespasiano Colonna, viudo de cuarenta años con una hija de la misma edad que Giulia, pues a la poderosa familia romana le interesaba expandirse en la Llanura Padana. Las crónicas no registran noticias del cortejo nupcial, posiblemente porque la novia llegara a las tierras del duque en un momento complicado, cuando, en el verano de 1526, Vespasiano intentaba primero pacificarse con el papa, aliado de la antihabúrgica Liga de Cognac, para luego entrar en Roma con un pequeño ejército para defender el Imperio, *los Colonna y la libertad*. El matrimonio no duró mucho. Vespasiano, *infirmus, ac claudus, ac mancus* murió en el marzo de 1528 después de haber dejado a su joven mujer sus posesiones en usufructo en tanto que permaneciese viuda.

Como recuerda Betussi, aunque tuvo nobles pretendientes, Giulia optó por una honrada castidad y no se volvió a casar. Aseguró hábilmente a favor de los Gonzaga el patrimonio heredado de su marido, pues según Costantino Castriota, otro biógrafo, favoreció el matrimonio de su hijastra Isabella con su hermano, el *condottiere* y poeta Luigi Gonzaga, llamado el Rodomonte, quien, gracias a esa unión, se convirtió en señor del condado de Fondi y del ducado de Traetto. En las posesiones de Fondi, poco seguras, pero estratégicamente situadas en la vía Appia, en la frontera entre las posesiones de la Iglesia y el Reino de Nápoles, se estableció Giulia en 1531, para gobernarlas en nombre de su hermano junto a su hijastra y cuñada, que a finales del mismo año alumbró al pequeño Vespasiano.

Las dos mujeres tuvieron que afrontar, justo un año después, la repentina muerte del Rodomonte por un disparo de arcabuz: Giulia se quedó en el señorío de Fondi, mientras que Isabella volvió por un tiempo a tierras de Mantua con el pequeño Vespasiano, para reclamar para su hijo las posesiones de su difunto marido. En Fondi Giulia promovió una pequeña corte de literatos y artistas, y fue retratada por importantes pintores como Sebastiano del Piombo y Tiziano. Las representaciones la muestran como una joven viuda recatada; sin embargo, el retrato anónimo de dama sin identificar, que Susanna Peyronel ha escogido para la portada de este libro, y que muestra a una joven y rica mujer en todo su esplendor delante de un paisaje que bien podría identificarse con los montes y el lago de Fondi, parece ajustarse a la perfección a la imagen de la señora de estas tierras.

Una amistad especial, sometida a las habladurías de las cortes de la época, fue la que Giulia Gonzaga mantuvo con el cardenal Ippolito de' Medici, el mismo que antes de tomar el hábito había sido escogido por su marido, el difunto Vespasiano, como esposo para su hija Isabella. Los dos intercambiaron cartas y favores y, gracias a él, Giulia tuvo contactos en Roma. En julio de 1535 Ippolito, de viaje hacia Nápoles, permaneció un tiempo en el condado de Fondi, y de repente cayó enfermo hasta morir; pudo haber muerto de malaria, pero se rumoreaba que había sido envenenado por su primo, el duque de Florencia Alessandro de' Medici, que le acusaba de haber encabezado una conspiración contra él. Este acontecimiento mostró que su poder no era seguro, y se vino a sumarse a una incursión del corsario Barbaroja, que el año anterior había saqueado sus tierras con la intención de raptarla para el Gran Turco, y en la que se habían perdido los documentos por los que su marido la hacía dueña de Fondi. De su debilidad se aprovechó su hijastra y cuñada Isabella, que en 1536 se hizo con los derechos de administrar la justicia y exigir el pago de impuestos en esas tierras.

Pero en el mismo verano de 1535 otro acontecimiento marcó la vida de Giulia Gonzaga, que recibió la visita de Juan Valdés, mirado con sospecha por la Inquisición en España pero protegido por el emperador, que le había sido enviado por su primo, el cardinal Ercole Gonzaga, para que la ayudara con sus habilidades diplomáticas en la contienda con su hijastra por Fondi. Pero Valdés no pudo hacer más que constatar la firmeza de Isabella, que finalmente se quedó con la herencia, aunque teniendo que pagar a Giulia una pensión. Hubo más pleitos entre las dos mujeres, puesto que Giulia reivindicaba la restitución de la dote y de las joyas que le habían sido regaladas por su difunto marido, e Isabella pretendía rebajar la cuantía

de la pensión. La contienda alcanzó al pequeño Vespasiano, puesto que Isabella había perdido legalmente su tutela al volverse a casar con Felipe de Lannoy. Giulia pudo ganar gracias a la intercesión de Juan Valdés, y de esa manera aseguró un heredero a las posesiones que los Gonzaga tenían en Mantua, que peligraban después de la muerte de su padre y de su hermano.

En diciembre de 1535, en representación de la familia Gonzaga, Giulia marchó a Nápoles para recibir a Carlos V que volvía victorioso de Túnez, y tomó la decisión de establecerse allí, en el monasterio de las clarisas de San Francesco delle Monache, sin tomar el hábito y frecuentando libremente la corte. Entre sus amistades estaban el tesorero general Alonso Sánchez y su mujer Brianda Ruiz, relacionados con Marcantonio Flaminio y Pietro Carnesecchi.

Juan Valdés fue determinante para su camino silencioso de regeneración interior; para él había que escuchar al capuchino Bernardino Ochino, y dirigirse a Cristo con palabras sencillas y llenas de amor, no rebuscadas ni artificiosas. Giulia disponía en Nápoles de un palacio familiar donde se hospedaba Valdés, y se reunían los miembros del círculo valdesiano; el español le dedicó el *Alfabeto christiano*, en el que enseña a buscar a Cristo más en la experiencia que en los libros. El círculo de Valdés intentó cambiar la Iglesia primero acercándose a importantes personalidades, y luego poniendo en acto pequeñas modificaciones de los rituales con el fin de alcanzar un modelo religioso distinto.

Pero a partir de 1550 la “aristocracia de Valdés” fue duramente golpeada por la Inquisición. Giulia, sospechosa por sus frecuentaciones heterodoxas, y por las cartas que Valdés le había confiado antes de morir, pidió protección en 1553 al cardinal Ercole Gonzaga. Reconoció haber poseído los libros de Valdés, pero aseguró a su primo que nunca se había alejado de la Iglesia Católica, y que la Inquisición utilizaba “extraños modales”, por los que los inquiridos decían no lo que sabían, sino lo que agradaba a los miembros del Tribunal.

La carta a Ercole Gonzaga es una muestra de la correspondencia que Giulia Gonzaga mantuvo con sus familiares, y que arroja luz sobre las relaciones que mantenían. Giulia pedía consejo a su primo Ferrante Gonzaga, capitán del ejército imperial y gobernador del ducado de Milán, en la contienda con su hijastra Isabella, pero también le informaba de lo que se decía en la corte de Nápoles, utilizando un código de cifras. Escribía a su sobrino Vespasiano para que nunca hiciera algo de lo que pudiera avergonzarse, y a su consejero Gian Vincenzo Abbate para dibujarle el modelo de cortesano al que Vespasiano debía atender. Giulia veía con preocupación el hecho de que su sobrino, en lugar de intentar acercarse al príncipe Felipe de España, del que había sido paje, mirara principalmente a cultivar la corte de Sabbioneta; pero Vespasiano se acercó al duque de Alba, y, por vías diferentes a las imaginadas por Giulia, realizó sus sueños de grandeza al convertirse en modelo de príncipe. Este señor de armas y letras fue sin embargo reflejo de Giulia en su mentalidad abierta, y sus tierras tuvieron fama por la libertad con la que se permitía hablar. A pesar de que no siempre tuvieron buena relación, Vespasiano fue el heredero universal de Giulia que, ya cercana a la muerte, le recomendó algunos protegidos suyos.

Costantino Castriota la define en su biografía como una mujer de naturaleza inquieta, que desde el monasterio favorecía u obstaculizaba matrimonios según la conveniencia. Desde luego Giulia intentó fortalecer a su familia, a los Gonzaga, a través de la política matrimonial, y sin duda alguna su sobrino Vespasiano fue el centro de sus preocupaciones. Después de haber rechazado las propuestas del papa Pablo III y de su primo Ferrante, Giulia consiguió casarle con la heredera Diana Cardona, que moriría a los pocos años en circunstancias no del todo claras.

Giulia tuvo sobre todo inquietudes religiosas y amistades heterodoxas, como la que la vinculó a Pietro Carnesecchi, con quien mantuvo una larga correspondencia. Cuando la Inquisición, después de su muerte, requisó todos sus bienes, esas cartas proporcionaron al Tribunal la excusa para condenar a muerte a Carnesecchi, que fue decapitado en Roma en 1567, y el papa Pío V llegó a afirmar que por las mismas hubiera quemado viva a Giulia, si no se hubiera muerto antes.

En sus cartas desde la República de Venecia, Pietro informaba a Giulia sobre los acontecimientos de la Europa de la época, y hablaba del prudente y sabio gobierno de Isabel de Inglaterra o de la repentina muerte de Enrique II en Francia, posiblemente debida al castigo divino por perseguir a los evangélicos. Se mostraba tolerante y favorable a la libertad religiosa, cercano a aquellos obispos franceses e italianos que buscaban un camino de reconciliación entre reformados y católicos. En una carta de 1564 hablaba de la posibilidad de publicar los libros de Valdés que Giulia tenía, y por ello la Inquisición le acusó de querer hacerse con estos libros y de querer librar de tenerlos a la mujer.

Seguramente Giulia Gonzaga alimentó con su lectura una cultura disidente y anticonformista, que compartía con sus amistades más íntimas, como la que tuvo con Isabella Bresegna, dama de la corte de Pedro de Toledo, a la que llegó a definir “la más querida amiga del mundo”. En su casa de Nápoles Isabella acogió a Juan de Villafranca, que defendía ideas anabaptistas y antitrinitarias, y después de que su marido García Manrique llegara a ser gobernador de Piacenza, acogió a su discípulo, el abad Girólamo Busale, convirtiéndole en su secretario. Si Isabella, además del interés por la política matrimonial, compartía con Giulia creencias heterodoxas, fue más atrevida en sus actuaciones, y en 1553 participó en la “cena calvinista” organizada por Renata de Francia en Ferrara. Fue acusada delante de la Inquisición por un discípulo de Busale, Giovanni Laureto, y obligada a la abjuración. En 1557 Isabella marchó repentinamente de Italia, según le escribió Carnesecchi a Giulia, que como buena amiga se preocupó entonces de enviarle regularmente cierto dinero para su sustento en Zurich, donde también se encontraba Bernardino Ochino. Isabella explicó en su testamento que había decidido abandonar Italia a sabiendas de que dejaba atrás sus bienes materiales, pero permanecía fiel a sí misma en lo espiritual, que para ella era lo más importante. No se le olvidó tampoco expresar su agradecimiento por aquellas personas, no nombradas, que sin ser parientes de sangre la habían sustentado con generosidad; quizá aludiera a Giulia Gonzaga, a la que la unía una gran inquietud espiritual.

RESEÑAS

En las Conclusiones de este precioso y tan cuidado volumen, Susana Peyronel Rambaldi subraya una vez más el papel de aquellos laicos, entre los que se encontraba un buen número de mujeres cultas, que en la primera mitad del siglo XVI intentaron promover en Italia una renovación religiosa, y construyeron una red solidaria, aunque no siempre consiguieron proteger a sus miembros. Con la Contrarreforma sus aspiraciones se convirtieron en experiencias individuales diferentes, como las de Giulia Gonzaga e Isabella Bresegna; alrededor el clima de sospecha hacia cualquier enfoque crítico de la doctrina cristiana llevaría a los grupos dirigentes a aliarse con la Iglesia para garantizarse la estabilidad.

**-Maria Cristina Pascerini-
Instituto Italiano de Cultura de Madrid**